

Estados Unidos: SU IMAGEN EN EL EXTERIOR

CLARE BOOTHE LUCE

En tiempos de paz la imagen de un país se altera *continua y sutilmente no sólo por medio de sus propias relaciones con otros países, sino también por medio de las relaciones de estos entre sí.* La imagen que un país determinado pudiera tener de los Estados Unidos hoy, por ejemplo, está constante y simultáneamente afectada por sus propias relaciones exteriores y la actitud, tanto suyas como de otros países, hacia la Rusia Soviética.

En tiempos de guerra, por supuesto, las imágenes de las naciones sufren profundas y a veces violentas alteraciones. Sólo necesitamos recordar cómo nuestras propias imágenes del Japón y de Alemania se alteraron entre 1932 y 1942 y de nuevo en 1945; o bien considerar la imagen que Cuba tenía de nosotros en 1898, como de gran libertador y la que ahora tiene de nosotros, como la del gran opresor, para darnos cuenta que la imagen de un país es una idea subjetiva.

Mientras el prestigio de un país que es fuerte —y agresivo— puede ser grande, la imagen de ese país ante los ojos de las naciones que le temen será siempre odiosa. Sus vicios serán exagerados, sus virtudes serán negadas o denigradas y los motivos que la impulsan serán considerados como los más bajos. Su cultura, no importa cuán popular en tiempos más pacíficos, será considerada como decadente o bárbara, siniestra e impía. Por lo contrario, la imagen de una nación a la que no se teme, especialmente si ha existido un largo período de paz y mutuas relaciones benéficas con otras, será considerada por éstas con simpatía e indulgencia, que sus propias intenciones no justifican.

Recuerdo la expresión que usó un político italiano hace algunos años, cuando una vez estaba discutiendo con él lo que parecía inexplicable falla de las masas italianas para llegar a comprender el peligro para Italia del poder militar ruso. "Signora", dijo, "nosotros los italianos recordamos cómo en una época u otra hemos sido invadidos por todos los poderes de la tierra, comenzando por los Cartagineses, Griegos, Turcos y Musulmanes. En tiempos modernos, todas las grandes naciones de Europa nos han invadido y nuestro último y más poderoso conquistador —y el que nos ha dañado más— han sido los Estados Unidos. Sólomente Rusia jamás nos ha invadido!".

No todas las gentes en una nación mantienen, en un momento dado, la misma imagen de otra nación. La imagen italiana de los Estados Unidos, por ejemplo, varía de grupo en grupo. El hombre de la calle de Milán no conserva la misma imagen de nosotros como la que conserva un patricio Romano, un mendigo de Nápoles o un campesino de Sicilia. Nuestra imagen cambia de acuerdo a las filiaciones políticas de los grupos: Fascistas, Liberales, Monarquistas, Demócratas Cristianos, Socialistas, Comunistas — cada grupo ve unos Estados Unidos diferentes.. La imagen varía de nuevo, dependiendo si un italiano en particular, no importa su filiación política, tiene

un Zio Pepe o una Tanta María en los Estados Unidos; o bien, cuántas cartas y cuánto dinero le envían a él; o bien, depende en el éxito o fracaso de sus propios esfuerzos por reunirse con sus parientes en los Estados Unidos. El punto de vista de las masas no es el mismo que el de la clase media, o el de los aristócratas italianos o el de los grandes industrialistas del Norte. Los puntos de vista de los círculos del Vaticano difieren marcadamente del de las universidades, del de los intelectuales, profesionales, escritores y artistas, y así en adelante. Por último, aunque no menos importante, es la imagen que profesores, estudiantes y turistas italianos que han viajado o vivido en los Estados Unidos tienen de ellos, muy diferente de la de sus paisanos que nunca han visto los Estados Unidos y sólo nos conocen por medio de sus propios periódicos o nuestras películas y literatura, o por los turistas, hombres de negocios, diplomáticos, y personal militar en Italia.

Consecuentemente, no hay medios científicos seguros para determinar la imagen de nuestra nación en un determinado período de tiempo. La falta de información de nuestra imagen en el extranjero no es por falta de esfuerzo por conseguirla. Muchos grupos, tales como la Fundación Europeo Americana y el Instituto de Investigación Social, en Princeton, y la USIA (United States Information Agency), están dedicados al estudio de las imágenes nacionales. Desde la Segunda Guerra Mundial los esfuerzos de muchos científicos sociales han estado dedicados al estudio de cómo las ideas, actitudes, acciones y política de una nación afectan a otra. Los métodos de todos estos grupos consisten en entrevistas y cuestionarios, encuestas y "surveys", reacciones del público, análisis de cartas, libros, revisión de listas de cualidades, etc., etc.

Mas simples encuestas y la sociología y sus métodos, son con frecuencia imprecisas e inadecuadas cuando los norteamericanos se proponen descubrir la opinión de sus paisanos y definir "sus actitudes básicas"; y son aun más inexactas y deficientes cuando se desean estudiar las actitudes extranjeras hacia los Estados Unidos. Con todo, las imágenes nacionales son un importante —y a veces decisivo— factor en las relaciones internacionales. Ellas en sí no cambiarán el curso de los acontecimientos, pero sirven para fortalecer o debilitar el curso determinado que ha sido abierto por otros factores. Aquel estudio debe llevarse a cabo. Sin duda alguna que gobernantes, políticos y diplomáticos tienen una mejor oportunidad para alcanzar arreglos fructíferos y pacíficos si tienen una razonable imagen de los Estados Unidos con los que están en negociaciones.

Podríamos tener una mejor comprensión de nuestra imagen en el extranjero si hiciésemos una ligera reseña de lo que ha sido en el pasado.

Cuando los Estados Unidos nacieron de una Revolución y llegaron a madurarse con una Constitución, se for-

mó una imagen fresca, nueva, y dinámica que se hizo extremadamente popular a través del Siglo XIX. Era una imagen de determinación y dignidad, de industria y progreso. Esa imagen de los Estados Unidos se beneficiaba, en primer lugar, de un factor negativo: nuestro triunfo sobre Inglaterra había despertado en las naciones la "Schadenfreude" — esa precisa y singular palabra alemana que describe el gozo que anima el pecho del envidioso, del tímido, del pobre, y que los hace exclamar: "¡Ah! Cómo ha caído el grandel". En segundo lugar se beneficiaba también de un factor positivo. Nuestra revolución era en el más profundo sentido espiritual una revolución natural. Nuestra Constitución igualitarista que afirmaba el inalienable derecho del hombre bajo la Divinidad, a "la vida, la libertad y la consecución de la felicidad", se dirigía a todos los hombres de toda la tierra. La libertad es la eterna levadura de todos los asuntos humanos. Su consecución es una permanente revolución.

Por cerca de un siglo y cuarto, a través de grandes secciones del globo, la imagen de los Estados Unidos era la del pequeño David, el niño pastor, listo cuando fuese necesario a enfrentarse al gigante Goliath — el esclavista, el tirano, el matón, el opresor de los hombres. Durante ese tiempo los Estados Unidos abrieron las puertas a las clases oprimidas de Europa. Mas fue a principios de este siglo que el poderío militar de los Estados Unidos que hasta entonces no había sido temido por las naciones de Europa o Asia, comenzó a serlo en América. La del Sur fue la primera excepción y México la primera nación moderna que se vio forzada a rectificar la imagen del pequeño David. Luego la región del Caribe y Centro América comenzó a sentir nuestro poderío económico en una forma que enfrió el entusiasmo por nuestra imagen. A pesar de todo, sin embargo, la paloma de la paz se posaba tranquila sobre la estatua de la Libertad.

Además — y aquí llegamos a un punto importantísimo que ha sido descuidado en lo que concierne a nuestra popularidad en el mundo, desde los comienzos de nuestra nacionalidad, la mayoría de las naciones europeas y asiáticas se consideraban culturalmente muy superiores a los Estados Unidos. Uno muy rara vez malquiere a una persona si ésta es pacífica y de buena índole y se dedica a sus propios asuntos, y especialmente si se le considera, intelectual y espiritualmente, como inferior. En el extranjero, los norteamericanos eran considerados colectivamente como europeos de segunda o tercera categoría, que habían tenido la suerte de asentarse en una tierra rica, aunque dura y en bruto. (Las naciones tienden a ver el progreso de otras como resultado de la suerte).

Hacia finales del siglo XIX cuando el joven David comenzó a dar señales inquietantes de que los calzones cortos ya no le venían, en Europa se le consideraba todavía por las clases gobernantes como un campesino europeo con ridículas pretensiones burguesas y una irritante jactancia por aquello que él llamaba "el modo de vida norteamericano".

Nuestra breve y tardada, aunque decisiva, entrada en la Primera Guerra Mundial resultó en un sorprendente cambio de la imagen. Vieron que los Estados Unidos se estaban convirtiendo en un joven gigante. Sus músculos de acero se hinchaban de manera alarmante pero sus bolsillos se hinchaban aun más con el oro de California y la plata de Nevada. Era, pensaban, un gigante con quien

de ahora en adelante tendrían que vérselas en las reuniones de los gigantes del mundo. No había enviado acaso a la guerra columnas de millones de soldados cantando: "... y no volveremos hasta que termine todo, allá?". Y no había insistido en que luchaba para hacer al mundo libre para la Democracia? Ahora bien, porque la guerra simplemente había terminado allá, no significaba que el mundo fuese libre para la Democracia. Si había de tomarle la palabra, todavía había mucho por hacer aun después de que la guerra había terminado.

Más cuando los Estados Unidos recogieron sus bártulos y se volvieron a casa, aparentemente indiferentes al vasto complejo de los problemas mundiales creados por la guerra, cuando le dieron las espaldas a la Liga de las Naciones, se hizo penosamente claro a los grandes poderes de Europa que el joven gigante no comprendía su propio poder y que era alarmantemente estúpido o escandalosamente irresponsable. Muchos sintieron desilusión y desmayo. Aunque los pies del idolo no eran arcilla, se dudaba de que si su cabeza no lo fuera.

A la tristeza y desprecio general de Europa, mientras el joven gigante se retiraba a su aislamiento, siguió la envidia. ¿Qué nación no ha de sentir envidia por otra que se siente fuerte, orgullosa, rica como para ser "aislacionista", o para usar una palabra Europea, neutral? La neutralidad, hoy como ayer, es el sueño de cada nación. Pero qué nación desde los comienzos de la historia ha podido darse ese lujo? Qué otra gran nación ha dejado de ver que lo que separa a los hombres de los niños, —aun entre naciones—, es su voluntad para asumir responsabilidades?

En las décadas de 1920 y 1930 la obscura perspectiva de la cultura norteamericana —filosofía, arte, música y literatura— era compartida por los mejores artistas norteamericanos mismos, muchos de los cuales voluntariamente se expatriaron. Viviendo en el extranjero, Whistler, Sargent, T. S. Eliot y Henry James parecían probar que nuestra atmósfera cultural era poco amistosa —y aun hostil— al esfuerzo creador. De aquellos escritores que se quedaron en casa, se notaba que se consideraban alejados del "modo de vida norteamericano" del que el joven gigante alardeaba en sus diarios y revistas populares. Upton Sinclair en "La Jungla", "Petróleo", y "Boston"; Sinclair Lewis en "Main Street" y "Babbitt"; H. L. Mencken en "El Mercurio Americano" señalaban con desprecio y con burla al Horatio Alger americano: el exitoso hombre de negocios. En muchos puntos, nuestros intelectuales estaban de acuerdo con Europa en que el "modo de vida norteamericano" era cuando menos superficial, simple, optimista, estéril, vacío de ideas originales, si no capaz de escándalo y corrupción y de tiranía económica sobre su propio pueblo.

Vistos desde Europa los juicios de Dayton, Tennessee, y de Sacco y Vanzetti, la derrota de Al Smith por motivos religiosos, las actividades del Ku Klux Klan, la Prohibición y el gangsterismo, revelaban otros aspectos del carácter del gigante: profundos rasgos de lo irracional, lo violento, lo criminal.

Con el derrumbe de 1929 y la prolongada crisis que le siguió, la imagen sufrió otro cambio — el peor de la historia en muchos aspectos y uno del que todavía no ha recuperado ante los ojos del mundo.

Al principio, las clases gobernantes y los intelectua-

les de Europa y quizás de todo el mundo, experimentaron la misma "Schadenfreude" ante el repentino fracaso de los Estados Unidos. Les fue momentáneamente satisfactorio saber que el gigante norteamericano era tan escaso de cabeza en su casa como en el extranjero. No tenía, después de todo, como tan ruidosamente lo proclamaba, todas las respuestas al progreso material en una sociedad libre.

Mas a medida que la crisis se profundizaba y se extendía por el mundo a la "Schadenfreude" siguió la angustia y la preocupación. Por la primera vez en cien años los intelectuales extranjeros apartaron sus fascinadas miradas de la imagen de los Estados Unidos para contemplar con una nueva esperanza un más joven y más confiado gigante que aparecía por Oriente: la Rusia Soviética.

La exitosa revolución rusa comenzó a tener "ascendiente en la mente de los hombres", tal como lo habían tenido las Revoluciones Americana y Francesa. Y poco a poco los Estados Unidos perdieron la verdadera gloria de su imagen —la revolución permanente— ante la Unión Soviética.

"La imagen americana" cambió de nuevo en poco, mejorándose, con la elección de Franklin Delano Roosevelt. Algunos intelectuales europeos, a regañadientes, concedían que los Estados Unidos eran todavía capaces de resistencia y originalidad. Pero ellos —y nuestros propios intelectuales— estaban prontos a afirmar que las innovaciones del Nuevo Trato eran prestadas del socialismo económico de la URSS. La vieja tendencia continuaba operando: todo lo bueno viene de Europa. El Nuevo Trato era una improvisación de las ideas de los Socialistas Fabianos y sobre estas ideas, no cesaban de repetir, la Rusia Soviética había avanzado más rápidamente que Franklin Delano Roosevelt.

De 1920 a 1939 la única cosa singular y envidiable acerca de los Estados Unidos era su admirable capacidad de aislamiento. Pero a medida que las sombras de la guerra se alargaban, su estupidez de avestruz era difícil de creer y soportar por todos, menos por Hitler y Mussolini, y en ese tiempo, por Stalin.

Mas cuando llegó Pearl Harbor, Francia e Inglaterra, amagadas, no sintieron "Schadenfreude", sino angustia. Necesitaban del gigante de nuevo. Cuando en término de un año este se vendió las heridas, se armó con rapidez para el combate y finalmente entró en la lucha con un decisivo número de tropas y de armas, su prestigio subió a los nublados cielos y su imagen fue ensalzada con alegría y admiración y aun con asombro.

Y así se llegó al final de la guerra. La imagen, mientras se pareciera al rostro de Franklin Delano Roosevelt y mientras estuviese unida al Plan Marshall, era razonablemente popular.

Hacia 1946, ciertas cosas eran claramente evidentes: el joven gigante era fuerte y tenía intenciones de permanecer fuerte y en el mundo. Sabía que estaba íntimamente ligado en todos los niveles —políticos, económicos y culturales— con todas las naciones del globo. Y puesto que sabía que su aislamiento estaba muerto, ya que aislamiento es una forma negativa de intervención en los asuntos mundiales, tenía intenciones de actuar de manera positiva.

Hoy, la imagen que de los Estados Unidos tienen las

diversas naciones varía de acuerdo con sus pasadas relaciones históricas, culturales, políticas y económicas, y sus actuales intenciones y esperanzas.

La imagen rusa de los Estados Unidos es muy distinta de la imagen que de ellos tienen, la India, o Inglaterra, o Ghana, o Egipto, o Francia, o Alemania. La imagen que tienen la América del Sur y el Canadá de los Estados Unidos son muy diferentes —aunque ambas son impopulares.

Describir tales diferencias de imágenes de nación en nación está fuera de los límites de este trabajo. Pero se pregunta: Habrá una imagen general que sea común a todas las naciones, una especie de caricatura, aunque sea, ya que en una caricatura hay mucho de verdad, quizás, a veces, demasiado? Hay razones para creer que sí la hay. La mejor forma de describirla es con la frase romana: "Odi et amo", yo odio y amo.

Hoy, el gigante norteamericano presenta dos caras a toda nación: una es todavía la cara de David; la otra, ay!, la cara de Goliat. Hoy, los Estados Unidos son, al mismo tiempo, admirados y despreciados, son los más y los menos temidos, son los más amados y los más odiados, de los países que han habido sobre la tierra desde el Imperio Romano.

Echemos una ojeada sobre nuestros aliados. Los dos principales, Francia e Inglaterra, salieron de la Segunda Guerra Mundial en peor estado del que podrían haberse imaginado en 1939. Salieron tal como Marx había predicho que saldrían las naciones después de "la última guerra capitalista". Inglaterra tenía poco sino era su orgullo para mantenerla tibia. Sufrió largos años de austeridad mientras su imperio, poco a poco, se le fue escapando de sus maltrechas manos y su prestigio, antes tan vasto, se derrumbaba por doquier. A Francia no le quedaba ni su orgullo. Los Estados Unidos, por el contrario, salieron tan bien parados, su prestigio tan fuerte, como para volver locos a los teólogos comunistas. También echó a andar la maquinaria diplomática y propagandista del comunismo, iniciándose así la Guerra Fría.

Los Estados Unidos se daban el lujo de poder soportar el Plan Marshall y una rampante prosperidad en casa.

Entre naciones, como entre individuos, no hay nada que enturbie una visión clara como la envidia. Muchos de nuestros aliados afectados por el monstruo de ojos verdes, parecían pensar que en alguna forma desconocida e inexplicable los Estados Unidos estaban prósperos porque un año o dos antes de Pearl Harbor se habían robado el fondo común económico europeo, mientras ellos lo daban todo.

A Napoleón le preguntaba una vez un amigo: Por qué vuestros hermanos y hermanas, a quienes habéis hecho Reyes y Reinas, Príncipes y Princesas, os malquieren tanto? A lo que Napoleón respondió: "Porque piensan que les he birlado parte de la total herencia de su padre anterior, el Rey".

Desde la Segunda Guerra Mundial han existido dos posibles víctimas propiciatorias: Rusia y los Estados Unidos. Tanto nuestros enemigos como nuestros aliados deben escoger su víctima. Y muchas gentes en el mundo; así como sus gobernantes y estadistas, han encontrado más conveniente —aunque ciertamente no más plausible— hacer de los Estados Unidos la víctima propiciatoria número uno. Por qué es así? Quizás la razón es de lo

más simple: Cualquier nación puede darse el dudoso lujo de acosar a los Estados Unidos. Nosotros a veces — y con frecuencia — nos resentimos, pero no desertamos a nuestros aliados ni atacamos a nuestros enemigos por ello. Esto no puede decirse con algún grado de verdad de la Rusia Soviética. Es la certeza práctica de que los Estados Unidos no atacarán a Cuba, y no el temor de un ataque, lo que anima a Castro a sus excesos contra nosotros.

Otra explicación es el hecho, ya notado, de que los intelectuales y liberales de América y Europa se habían formado el hábito de ver a Rusia y las formas socialistas de gobierno como la panacea de sus males económicos. Cuando en la década después de la guerra vieron que muy poca ayuda económica les venía de Rusia, cuando las brutalidades y tiranías de la Rusia de Stalin llegó a los intelectuales, cuando vieron que la propaganda de Soviet estaba empeñada en destruir no sólo la imagen de los Estados Unidos, sino también las profundas raíces tradicionales, culturales y religiosas de todas las naciones, fueron gradualmente apartándose de Rusia. Pero las antiguas fallas de los Estados Unidos tarifas altas, cuotas de inmigración, aislamiento, ciclos de prosperidad y de crisis — que al principio les había inclinado hacia Rusia, servían todavía para vilipendiar a los Estados Unidos.

El cuadro del último triunfo del "modo de vida norteamericano" era simplemente asqueroso. Los brillantes trabajos de Faulkner, Henry Miller y Tennessee Williams que pintaban una nación enferma, enferma, enferma, eran leídos con avidez. La exportación de las películas norteamericanas y los programas de televisión, cuyos niveles morales y artísticos eran muy bajos, llegaban a confirmar los viejos prejuicios de la era de Al Capone: Que los Estados Unidos eran un país lleno de violencia y crimen y del más crudo sexualismo. Los liberales de nuevo mostraron la "Schadenfreude" ante los continuados escándalos sobre la cuestión de los Negros. Los mismos millones que los Estados Unidos han dado y siguen dando en ayuda económica a muchas naciones son vistos como una forma disfrazada de explotación económica o como las migas tiradas con desprecio de la mesa del Rico Epulón.

También lo que parece como inconsistencias en el manejo de nuestra política exterior, creaba un sentido de inquietud y resentimiento entre las naciones. Unos cuantos ejemplos entre muchos: los Israelíes culpaban a los Estados Unidos de favorecer a los Arabes, los Arabes nos culpaban de favorecer a los Israelíes; Francia nos culpaba de no favorecer su política colonial, los Africanos del Norte nos culpaban de que lo hacíamos; Inglaterra — maravillosamente ambivalente acerca de la aventura de Suez — nos culpaba, a) de no apoyar la aventura, y b) por no haber objetado más enérgicamente antes de llevarse a cabo. Mientras que la América Latina demandaba saber por qué, si considerábamos el Canal de Suez, egipcio, no considerábamos el Canal de Panamá, panameño. Canadá nos culpaba de invertir demasiado capital en el inexplorado Canadá y "en poner mucha atención en la América Latina", las naciones de la América Latina nos culpaban de invertir muy poco capital y poner muy poca atención en sus problemas. Uno podría viajar alrededor del mundo y no encontrar una sola nación que en la década anterior

no haya acusado a los Estados Unidos de "inconsistencia" por razón de alguna política impopular en su propio país pero muy popular en el vecino.

"Odii!" Aquí tenemos la imagen del odiado gigante Goliat: tremendamente poderoso, vulgar, materialista, codicioso, inconsistente, y cándido; impreciso, bullicioso, fachendoso, hipócrita, fanático racista, poco intelectual, beligerante, insensible, y un fascista incipiente. Babbitt convertido en coloso arrojando sus meretricios productos a la cara del mundo por el sólo afán de lucro — medias de nylon, goma de mascar, Coca Cola. Su única contribución cultural, el jazz, rock'n roll, el culto al busto grande, las películas del Oeste, de detectives, y violentas y sexuales tri-dimensionales espectaculares bíblicos. Su bolsa derecha llena de oro corruptor y su izquierda de proyectiles dirigidos, borracho de poder y de gloria, a horcajadas sobre el mundo, entrometiéndose en las cuestiones militares, políticas y económicas de todos.

"Et amo!" Con todo, cuál es la imagen que es amada, no menos en Rusia que en el más apartado rincón del mundo? Es la imagen del increíblemente productivo, sin clases, fluido, estable, sincero y franco, hablador, alegador, generoso, científico y técnicamente superbo pueblo americano. El mayor alarde de Rusia es: "todo lo bueno que los Estados Unidos hacen, nosotros lo hacemos mejor podemos hacer todo más rápidamente que los Estados Unidos".

Podemos hacer más para que en el extranjero se conozca lo mejor de nuestra poesía, de nuestra música, de nuestro teatro. Dar a conocer el hecho de nuestras cincuenta universidades que están en niveles culturales y científicos más altos que la mayoría de las universidades del mundo. Desearíamos que la industria del cine y la televisión, acostumbrada a la libre empresa, no considere "censura" el prevenir que las malas películas y programas salgan al exterior. Que el turista norteamericano comprenda sus indiscreciones y vuelva enriquecido por lo que ha visto y aprendido. Que mayor número de sabios y estudiantes visiten nuestro país para que la imagen que lleven a sus pueblos sea mejor, más clara y más verdadera.

Conviene señalar tres graves errores de nuestro gobierno y nuestro pueblo. El primero consiste en que gastamos mucho tiempo y dinero en explicar nuestras aparentes inconsistencias. Estas son inevitables en nuestra posición mundial, pues son dictadas para permanecer en buenos términos con países que no están en buenos términos entre sí. El segundo es el que todo problema se resuelve con dinero, o un juguete o propaganda. Lo cierto es que los problemas se resuelven con dedicación y esfuerzo. Esa actitud es más realista y más de acuerdo con la historia. El tercero y último error es, que a la imagen del joven gigante que abunda en las virtudes de dedicación, generosidad e imaginación, no deje de agregársele la virtud necesaria para el liderato universal. Es la virtud que Rusia tiene en abundancia: la de la paciencia.

(NOTA: Clare Boothe Luce fue Embajadora de los Estados Unidos en Italia de 1953 a 1957, representante al Congreso Nacional y famosa dramaturga)